

serían seguidos ciegamente, en campañas contra moros y cristianos, por los caballeros y peones de Chinchilla, Almansa, Hellín, Villena, y las demás poblaciones que integraban el señorío. Alas y leones que colgaron de cintas de seda en los innumerables privilegios de repoblación que los Manuel concedieron a sus pueblos, mudos testigos de la donación de franquezas y libertades en aquellos difíciles momentos que dieron fin al siglo XIII y comenzaron la penosa centuria siguiente. Nada de particular tiene que estas armas, rodeadas ya por entonces de una aureola y leyenda casi mágica, y vinculadas por los villanos al mantenimiento de sus tradiciones y libertades forales, al renacimiento de sus comunidades, y a la simpatía que siempre sintieron por la familia de don Manuel, fueran aceptadas como propias por aquellas gentes sencillas y se enraizaran profundamente en la región que con gran esfuerzo pugnaba por consolidarse.

El propio don Juan Manuel creía a pie juntillas las tradiciones familiares sobre el origen de sus armas y las hermosas leyendas que las rodeaban. Estaba seguro de que nunca faltaría a su linaje un heredero varón y pensaba que jamás podría ser vencido en la batalla mientras ciñese su maravillosa espada Lobera, que fue de San Fernando, y tremolase en su pendón las alas y los leones que don Manuel le había dejado a su muerte, ocurrida el día de Navidad de 1283. Hasta tal punto lo decía y lo difundía, y tan grande era su orgullo sobre ello, que este tema era objeto de comentario, y hasta de burla, en lugares muy alejados de su señorío. Cuando, en la acción del Salado, don Juan Manuel vacilaba en lanzar su vanguardia contra los moros, cierto escudero se dirigió a él en tono irónico, preguntándole si sus armas no iban a obrar en esta ocasión algún prodigio (4). El asunto debía ser, lógicamente, mucho más popular entre sus vasallos, que desde hacía más de cincuenta años se habían acostumbrado a ver los pendones de los Manuel en las frecuentes visitas que estos viajeros e inquietos señores hicieron a casi todos sus lugares.

Es preciso resaltar, por otra parte, la popularidad que este linaje gozó entre los habitantes de sus dominios, nunca igualada por ninguno de los sucesivos señores de Villena. Don Juan Manuel especialmente, hombre orgulloso y duro de carácter, culto y refinado, tal vez gracias a su educación en la corte de su primo Sancho IV, marcó con su personalidad una larga etapa de la historia castellana, pero sobre todo, imprimió su huella de manera imborrable en la comarca sometida a su gobierno. A pesar de su autoritarismo, de su revoltoso carácter, de su

(4) *Crónica del rey Alfonso XI*, Ed. B.A.E., Madrid, 1953, pág. 326.